

SUCRA



Ep: 3

César
Moro

biografía peruana

CÉSAR MORO

BIOGRAFÍA PERUANA

"No en vano nació, mientras que miles de Peruanos están aún por nacer, en el país dedicado al sol y tan cerca del valle de Pachacámac, en la costa fértil en culturas altamente mágicas, bajo el vuelo majestuoso del divino pelicano tutelar".

Traducido de L'Art Magique (Club Français de l'Art, París, 1957)



certadamente Julio Ortega apuntó: "Leer a César Moro equivale a salir de la literatura para entrar en la poesía". Sin

saberlo —sospecho— al presentar al primer "surrealista" americano, coincidía así con uno de los últimos alegatos de Breton, el Papa —ya que algún profesor impuso la palabra— del Surrealismo a secas ("El Surrealismo es uno; O. Paz): "Sigo sin enterarme de lo que debe haber de común entre la literatura y la poesía".

No de otro modo aceptaremos que se hable de la novela como del "género supremo": una vez que queda claro que la poesía puede ser eso o aquello, pero no es nunca un "género". Cito a Mario Vargas Llosa —y para el caso sus "conversaciones" con Luis Harss (Los Nuestros, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1966) por él mismo en glosas, entrevistas y disgresiones sue le escudarse en poetas, y el que más a menudo trae a colación es Moro.

En 1958, en dos números de *Literatura*, Vargas Llosa se adelantó a reconocer a Moro (1), primero de su generación; la generación de aquellos que habían conocido al huésped de "Luis II de Baviera" y de "los dos más hermosos tigres del mundo" (*La vida escandalosa*, etc.) cuando cruzaba la calle, leccionaba entre salvajes o agonizaba en la albuca de una clínica, sin tener con él el trato que nos cupiera en suerte a nosotros. Tampoco puedo olvidar que, a los ocho (1966), Vargas Llosa, ya famoso por *La ciudad y los Perros*, retomó parte de su homenaje limeño para ofrecerlo, en versión francesa, a la revista parisense *Europe*. La cosa era perfectamente normal; pero causó confusión. Al salir la novela sobre el Leoncio Prado, en los *Anales de la Universidad de Chile* (Abril de 1965), Pedro Lastra cotejó el recuerdo vivo de Moro inscrito en *Literatura* con su "elaboración narrativa" en el universo ficcional. Cuando se publicó el número de *Europe*, sin sospechar el Texto ori-

ginal, Rodríguez Monegal tradujo en *Mundo Nuevo* (N° 8, febrero de 1967) el párrafo francés, contrastando lo que le parecía un retrato "damatizado por los años" "con el del mismo poeta que figura en *La Ciudad y los Perros*". Vargas Llosa no tiene la culpa, más alguien podía haber esclarecido, y vale la pena rescatar la anécdota para señalar los peligros en que incurre el comentario sin un mínimo de erudición, pues ¿qué mejor muestra buscar de lo que vale la mera crítica interna a la que le faltan las bases? (Algunos dirán que no importa: que ambas versiones —la de la alquimia literaria enriqueciendo el informe, y la de la memoria reactivando el material de la narrativa— tienen su verdad, lo que no deja —en efecto— de ser verdad; quedaría demostrado entonces que ambas resultarían también perfectamente superfluas, y habría que cerrar la sección *Libros y Revistas* de todos órganos informativos).

(1) En realidad, con rara perspicacia y ejemplar rigor, ya se había adelantado —en dos artículos, de *La Prensa* y *El Comercio* de febrero de 1956— el poeta de esa generación, Carlos Germán Belli.

Más grave, la manía de querer situar sociológicamente a los poetas; y ahí sí intervino directamente Vargas Llosa, desde su discurso de recepción del Premio Rómulo Gallegos, donde comprometió a Oquendo de Amat, hasta su ensayo sobre Sebastián Salazar Bondy y la vocación del escritor en el Perú, en el que no considera que hay escrito y escritor e incide en el tópico de exilio de un modo que no encaja, no bien debate a Moro así como a Eguren o a Martín Adán.

1—¿Qué sociedad merece a sus poetas?

2—¿Por qué la sociedad tendría que preocuparse por los poetas? las dos preguntas, lejos de oponerse, se complementan, y cualquier poeta lo sabe desde que se reconoció como tal.

Hubo Mecetas, y poetas que escribían a su amparo. En épocas menos turbas que la nuestra (?), la religión admitió el himno, pero nunca dejó de despreciar la profecía. Las pensiones las reciben las viudas; en vida, las honras sólo

van a los declamadores de nacimiento, o a quienes consideran por turno a declamar: Hugo Chocano. Hace unos años, Kruchev delegó al Occidente el rockanrollista Etvchenko, pero atacó a Vosznnessenski, y sus substitutos desterraron —destierro forzado— a Brozdsky.

La página que Vargas Llosa dedica a Moro en el ensayo susodicho, como aquella que el propio Salazar dedicó a Eguren en *Lima la Horrible* son páginas sentidas, ahogadas de nostalgia, pero nada prueban ni contra la ciudad, ni en pro de las letras. Simplemente no proceden, y hubiesen levantado la perplejidad, cuando no el tumulto de los interesados.

El asunto es asunto de grado, de tamaño: grado de la vocación y tamaño del medio. El exilio interior, antes que nuestros sociólogos de la literatura lo descubrieron los poderes moscovitas del 20, calificando a poetas como Mandelstam y Akhmatova de "emigrados del interior", a espera del calvario que años más tarde les infligirían. Por lo demás, ¿quién duda de que la inadaptación sea recíproca? On s'en souviendra de cete planete. Más vale hablar, en estas condiciones, y con J. Ortega, de insularidad —las islas como galápagos durmientes, como dioses—, signo de una actualidad que acaba de revelarse en ese tiempo eterno —tiempo del tiempo y tiempo en cualquier tiempo— por el que apostaron igualmente —de modo más débil, o más esfumado, o más escandaloso— el transcriptor de Aloisius Acker, el de Peregrin cazador de figuras y el de Pierrot Vert y de Geo Ostensoir.

Lo único que interesaría averiguar serían las razones que obligaron tanto a Salazar Bondy como a Vargas Llosa llamar adonde ni cabían sus nombres a dichos poetas en calidad de testigos del voto hostil que ellos emitían. La connivencia los honra; no basta para disipar la sospecha de algún abuso o algún malentendido.

Al recibir la noticia de la muerte de Sebastián y de la ola de homenajes que provocó (la prensa, el Parlamento, la multitud callejera), Mario manifestó extrañeza. Todo me pareció, al contrario, natural; el auto de Rodil desde temprano ha-

bía sido una figura de la vida limeña, festejada aún cuando denunció el contrato sin romperlo; y él opuso una reiterada negativa a la idea de "instalarse en Europa" para ahí "realizar obras de aliento" probablemente porque su inclinación era, antes que todo, periodística —en el mejor sentido—, y por lo tanto no podía por mucho tiempo ejercerse fuera del ambiente al que se sentía sujeto, aunque le daba náuseas. Lo criollo lo dominaba en la misma medida en que él lo iba enjuiciando.

Con Moro la distancia era mutua, cortés y firme. Las pocas veces en que los vi coincidir —en casa de Westphalen, en la Peña de Alicia Bustamante— resultaba evidente que la gracia de uno y el humour del otro difícilmente cabían juntos. La nota que Sebastián escribió en *La Prensa* cuando publiqué *Amour a Mort* lo refrendaría.

La máscara social nunca borró el rostro del Parnaso en Salazar, pero mal hubiese pasado sin ella. Una vez más el inquirir sobre "la vocación del escritor" acá o acullá tropieza con la diversidad de los destinos que la escritura cobija.

Ilustrativo el que, a la hora de habérselas con Lima, Sebastián le haya pedido a Moro, no sólo el título de su libro, sino un epígrafe, con el cual implicaba la poesía en su contrato, a costa de una falsificación:

"Para decirme que aún vivo
respondiendo por cada poro de
mi cuerpo
¿pudieras de tu nombre oh Poe
sía

Lima, la horrible, 24 de julio o agosto de 1949

CESAR MORO

(*La Tortuga Ecuestre*)"

El Viaje hacia la noche de Moro, cuyo último verso llama a la Poesía, fue publicado en *Las Moradas*, revista a cuyo comité redaccional Salazar pertenecía, en mayo de 1947. La mención de "Lima la horrible", pues, no le corresponde; encabezaba una carta poema que me dirigió dos años más tarde, y que en la edición príncipe de *La Tortuga Ecuestre* (Lima, 1957) viene a continuación.

CÉSAR MORO

BIOGRAFÍA PERUANA



NTE el agua y el cielo el Perú despliega su figura rugosa y bárbara. Bajo la luz más punzante, más cargada de im-

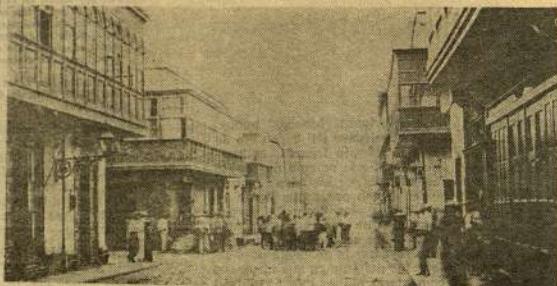
nencia que conozco, siempre sobre el punto y la punta de la revelación, maravillosa comarca entre las manos avidas y ciegas de los descendientes de los paracaidistas de la conquista. Sobre el agua profunda y rica donde los salinos y los lobos de mar juegan perdidos de vista, deslizándose sobre las fosforescencias, mar rica en medusas, con largas manchas de petróleo en el puerto del Callao; mar que arrastra guijarros demoníacos, fragmentos de estelas grabadas en el tiempo inhallable en el que las culturas se vendicaban en sentido propio y figurado, desde el más próximo borde del mar hasta el extremo límite de los fríos eternos.

Mar inundado de la historia donde sobreviven vestigios inapreciables de todo un pasado deslumbrante que nos da todavía el gusto de vivir en esta continua peligrosidad de la que la poesía es el efedimantino e imantado.

Tan lejos como puedo recordar, el Perú es un país de luz: todo antes de la llegada de los españoles, contenida y borrascosa desde al día que los conquistadores encontraron, cerca de las aguas de la costa norte (Tumbes), una barca pilotada por un indio al que preguntaron por signos y vociferaciones el nombre del país: Virá respondió, y desde entonces los grandes cataclismos comenzaron y la avidez se impone y rueda y, sedienta de oro y de sangre, vino a alcanzar la piedra y el oro que eran la materia misma del gran sueño de las civilizaciones precolombinas en el Perú desarrollándose durante siglos.

Pienso con fervor en el gran amor de los antiguos peruanos por las piedras. Cerca de Machu Picchu y en toda la región vecina se encuentran todavía inmensas piedras brutas trabajadas en un ángulo minúsculo y casi invisible, rodeadas de anfiteatros. Las fortalezas mismas no son sino la expresión del amor devorante y delirante de la piedra. Esas fortalezas elevadas sobre terrenos ya inexpugnables continúan fortaleza por fortaleza, y se perpetúan hasta el estallido tangible del acto gratuito.

Si el oro y la plata formaban el templo del Sol, en Cuzco, el jardín milagroso por excelencia con todas



las plantas y las flores tamaño natural reproducidas de la manera más delicada, la panca del maíz, la espiga de oro del trigo temblaba bajo la luna-madre, en el frío nocturno de la villa imperial, cargadas de un sentido hoy día perdido y recordado entre nosotros los poetas agitados al viento igualmente nocturno, frente al muro de seda, espejo donde la luna representa siempre adornada para el gran espectáculo delante del auditorium de los siglos desordenados, resplandeciendo a veces en las endrinas atadas de la raza de los hijos del Sol.

Prescott, cuyo mérito es entregarnos en un lenguaje simple todo el horror de la Conquista, cuenta que Atahualpa, el último inca, era hombre de gran belleza, solamente sus ojos rojos durante la cólera, destacaban esta majestad. Era de estatura más alta que sus súbditos. En el momento de la llegada de Pizarro lo vemos tomando baños termales en su villa de Caxamalca. Los españoles le envían correos rogándole quiera dignarse recibirlos, en la misma plaza, es decir, que el Inca debe salir de su palacio para ir frente a los aventureros. Asombrado de lo extraño de esta proposición y fatigado de su insistencia, él consiente al fin y aparece rodeado de quinientos príncipes de sangre, las plumas de coraqueque y la borla, insignias reales, a la cabeza. Los españoles, le dirigen la palabra en varios intentos sin provecho alguno. Sólo él no ha levantado los ojos sobre los caballeros acorazados de hierro. El espectáculo inaudito no llega a acabar la espesa capa de divinidad que lo envuelve. No se inmuta incluso cuando el caballo de Pedro de Candia, presa de pánico —las bestias son siempre más sensibles que los hombres—, salpa con su baba el

manto imperial. Algunos monen-

después el cura Valverde hacía su siniestra aparición presentándole los Evangelios. Atahualpa mira atentamente el libro, lo lleva a su oreja arrojándolo en seguida por tierra. De inmediato, después de la seña convenida, comienza en el oropúsculo, en la gran plaza de Caxamalca, la carnicería en que perecen millares de hombres, de mujeres y de niños.

La prisión de Atahualpa produjo el estupor, la gran decadencia que debía abatirse sobre el Perú era inaugurada y la sangre corre durante siglos oscureciendo la piedra angular de luna de esta cultura cuya luz nos llega todavía como aquella de las estrellas apagadas.

Atahualpa parece a manos de los españoles el 29 de agosto de 1533 acusado de haber dilapidado las rentas públicas; previamente despojado, fue, enseguida, bautizado. En el momento en que el cadáver era expuesto en la iglesia de San Fernando, las hermanas y las mu-

ñeres del Emperador hicieron Irrupción en el templo y se abrieron las venas muriendo junto a él para secarlo según lo establecía la tradición.

Se cuenta que cuando Pizarro llega a Pachacámac para saquear el santuario se produce un terremoto en el instante que él ponía la mano sobre la puerta. Desdichadamente una vez pasado el peligro la codicia no encuentra más ningún obstáculo y el gran ídolo de Pachacámac fue reemplazado por una cruz de yeso. Prescott afirma que Pachacámac era uno de los santuarios más ricos de la tierra. En general todos los templos y los palacios de los Incas fulguraban de oro y de pedrerías (1). El oro recogido para la liberación de Atahualpa una vez fundido da, de manera aproximada, un millón trescientos veintiséis mil quinientos treinta y nueve plastras de oro de la época.

Imagino sin esfuerzo la vida del antiguo imperio: Tahuantinsuyu, dividido en cuatro grandes provincias (suyu), al Sur el Collasuyu; al Este el Anti-suyu; al Norte el Chinchaysuyu; al Oeste el Cuntisuyu. Cuatro grandes caminos doblaban del Cuzco: el primero atravesaba los llanos y las tierras frías hasta Quito; el segundo iba hasta Arequipa; el tercero conducía a las ciudades situadas al pie de los Andes y a otras que se encontraban pasando la cordillera; el último llevaba hasta Chile. (Cieza de León). A lo largo de estas rutas sembradas por los árboles y bordeada de jardines conservados con grandes esfuerzos el viajero encontraba casas escalonadas a lo largo de su camino por los cuidados del Estado donde podía beber, comer y dormir gratuitamente.

Toda la costa, estéril actualmente no era sino un jardín creado por la irrigación artificial y por el abono hecho con restos de pescado. Grandes boracheros colectivos se organizaban periódicamente. Cada nuevo país asimilado conservaba sus costumbres, su culto y sus ritos sin otra obligación que adoptar el culto del Sol. Más tarde se distinguía fácilmente en una multitud a los habitantes de cada país por sus peinados y vestidos.

No sabría decir cómo el esplendor, la riqueza y el resplandor de las piedras, de las pedrerías y de las cascadas de oro cegaban la luz del sol en la época precolombina. Las piedras, a creerle a Cieza de León, estaban ensambladas con una mezcla en la que entraba el oro en profusión, en algunas casas encontró la paja de oro. Los palacios, canchas, tenían muros de jaspe incrustado de esmeraldas, cristal, turquesas, coral, etc. Prescott habla de la puerta del santuario de Pachacámac como teniendo ornamentos en cristal, turquesas y coral. En el interior del santuario o *Saint des Saints*, profundamente sombrío y despidiendo el olor pesado de los sacrificios, Fernando Pizarro y sus soldados encontraron el gran ídolo de Pachacámac y cantidad de esmeraldas diseminadas por tierra. El ídolo, como he dicho antes, fue inmediatamente destruido y reemplazado por una cruz. Se conoce el hecho escandaloso del disco de oro del Sol del templo de Cuzco jugado y perdido a los dados por un soldado al día siguiente del saqueo al templo. Un golpe de dado no abolló nunca el azar. Los hechos en las regiones secas de la costa estaban tan finamente trenzados con la paja que constituían un escudo contra el tiempo. Había vestiduras tejidas con lana, pro y plata, otras estaban hechas enteramente de plumas. Las vestiduras del Inca, particularmente preciosas, no eran llevadas sino una vez y se les quemaba inmediatamente después de haber sido llevadas. Se habla de un manto de Atahualpa, de alas de murciélago. Ese manto color de humo a los reflejos de herrumbre y venado de sangre aérea yo lo veo sobre las terrazas inmensas del palacio imperial absorbiendo bajo la luna todo el color incendiario de las piedras y del oro que flameaba bajo el imperio. Manto alado, pensamiento de hechicero sublime, aislamiento para recibir el más próximo mensaje nocturno y solamente imaginable en el silencio absoluto que debía hacerse apenas el Inca lo ponía sobre sus hombros.

De toda esta gloria fulgurante el Perú no conserva sino ruinas y esta luz de la que he hablado y que no

dirá nunca, sin duda, eso que ella cubría. En 1937 hice un viaje de sueño sobre los Andes para ir a Huánuco, ciudad a 2,000 metros sobre el nivel del mar. Nosotros atravesamos el Valle de la Ojuna.

¿Quién podía cantar tan fuerte en la Naturaleza? ¿Dónde habría visto yo una tal riqueza tan tierna en el vegetal, un encanto tan profundo y hechizante y tan auténtico decorados para el amor único en el ambiente ideal? El Valle de la Ojuna nos conducía hacia el jardín de Huánuco rodeado de montañas de tierra azul, verde, púrpura y roja, sin paráfasis.

Mar Pacífico. Me acuerdo de ti, playa de Conchán calcinada bajo el sol, yo me pasee sobre tu arena blanca y ardiente resonando a cada asalto de las olas terribles donde se veía, de pie, por transparencia, los pocos bañistas que estábamos allá ese día. Playas de arena negra de tierra china sembradas de menudas conchas y de flores marinas blancas y malvas como granos de arroz coloreados y ensamblados. Rocas eternamente batidas por este mar en furia con dobladillo de armijo y de espuma de cerveza. Prodigio de Pucallanca donde el agua tranquila de la dársena, a algunos metros del mar desencadenado, da a ver largas planchas acústicas en forma de sable llevando a su extremidad el diseño oval de un paisaje minúsculo. Arena y sol de piedra roja y negra en la playa de Anón donde el agua es fría como cien mil agujas y las dunas ardientes hasta desollarnos la piel. La costa tan bella de cerco, tan árida y monótona de lejos. Siempre el color en el tono general gris bajo un cielo de perla irisada. Toda esta variedad uniforme rodea Lima, donde en el color el olor del mar ahonda los muros y las demasiado bestiales construcciones modernas que, al ritmo conocido, reemplazan las bellas casas criollas.

Yo no olvidaría mucho tiempo, en la fiesta anual de Amancaes, extensión polvorienta y sin gran interés por sí misma, el espectáculo de una negra vestida con la bata tradicional, la cabeza adornada de minúsculas flores azules bailando

la marinera (2) con una autoridad y una gravedad como debían bailar las sacerdotisas en Delfos.

Poco a poco el Perú entra en la gran vida estandarizada, hace siglos que esta integración se cumple para, naturalmente, no dar nada en cambio. Así, incluso en relación con la comida, la costa pierde su refinamiento. Aquí, no podría silenciar el nombre del "Moqueguano" creador, si yo puedo expresarme así, y vendedor ambulante de la pastelería más exquisita que yo haya gustado. Diciendo eso yo tengo en cuenta las pastelerías célebres de París: *Bismill Meyer*, *Le Marquis de Sévigné*, aquella de la *Madeline*, etc., etc. Nada puede acercarse al arte de esta pastelería ontogénica, ballet de palacio, feria del sabor. El comercio japonés ha matado esta industria individual, yo debería decir la expresión de cierto genio individual, acaparando la fabricación de las tortas y diversas vitualias. Todavía se conserva ciertos monumentos culinarios en Lima, tales como la *Causa* y que no se debe comer jamás sino en algunas casas particulares. Este plato se hace con papas (3) amarillas, especialidad del país, aceite de oliva, ají, el jugo de naranjos ácidos y se adorna con perarjos fritos, trozos de maíz tierno, Olivares, rectángulos de queso fresco de cabra, trozos de camote, corazonces de fechuga y trozos de palta. Este plato frío es tan bello y bueno como una piedra de luna bien fresca depositada sobre la lengua.

Viajo de noche hacia el muro de seda. La piedra de los doce ángulos centellea destacada sobre el cielo estrellado: Constelación de la mano del hombre.

Algunas llamas más altas que las torres pueden ocultar a los ojos del hombre las graderías de Me-



la marinera (2) con una autoridad y una gravedad como debían bailar las sacerdotisas en Delfos.

1) Las portadas de muchos aposentos estaban planas y muy pintadas, y en ellas sostenían algunas piedras preciosas, esmeraldas, y en lo de dentro estaban las paredes del templo del sol y los palacios de los reyes Inca, chapas de finísimo oro y esmaltes muchas figuras, lo cual estaba hecho todo lo más dulce mate muy fino. La costura de estas cosas se hacía también asomada y puesta, que si algún fuego no la gasta y consume durará muchos tiempos y se podrá sin gastarse. Por de dentro los aposentos había algunos manojos de paja de oro, y por las paredes esculpidas orejas y cordones de la misma, y aves, y otras cosas muchas. Sin esto, cuenta que había suma grandísima de tesoro en castañas y olivas y en otras cosas, y muchas muchas riquísimas piezas de argentería y chaquiras. En fin no puedo decir tanto que no quedo corto en querer engrandecer la riqueza que los Incas tenían en estos sus palacios reales, en los cuales había grandísima cuenta, y tenían quitado muchos plateros de labrar las cosas que he dicho y otras muchas. La ropa de lana que había en los depósitos era tanto y tan rica, que si se guardara y no se perdiera valiera un gran tesoro. (Prescott *Cronica de León*: "Cronica del Perú" — Página 133 — Calpe, Madrid).

2) Dama mestiza de la costa.

3) El Perú posee 478 variedades de papas catalogadas (O.E. Harland: "Photo Collecting Expeditions in Mexico and South America", Cambridge, England).

chú Picchu? ¿Qué lluvia divinatoria leíse ese cóndigo de sangre?

Es medianoche cuando salgo a la ventana del palacio de Huayna Cápac armado de pies a cabeza por un sueño terrenal desvaliendo el río de sangre que me ciega. El signo infame brilla en el centro de Kollcampata.

Es para preguntarse con angustia si tales tesoros anímicos van a perdarse o están ya perdidos definitivamente. Si nada subsistirá de ese pasado milífico, si nosotros deberemos continuar siempre volviendo la cabeza de la tierra ardiente para echarnos en pleno en la banalidad occidental. ¡Todo nuestro Oriente perdido!

Inmensa perla que ruedas multada y sangrante sobre un país ordo y ciego, tu continúas siendo el punto de mira, el tesoro aéreo de los poetas exiliados en sus tierras de tesoros. Tu macula de tu sangre el progreso grotesco y la jactancia oficial, así como la farsa lamentable de aquellos que en tu nombre hacen un arte ortopédico. Tu eres tu paradiiso y tu paraíso. Cada tarde yo espero bajo tu cielo el paisaje aniciado del coraqueque, de pareja alado dejando caer las plumas catastróficas. Tú nos perteneces al pasado, en el dominio del mito y de las superestructuras formando el alma colectiva al mito.

Yo te saludo fuerza desaparecida de la que tomo la sombra por la realidad, y acríbilo a mí por la sombra. Yo no saldo sino a ti, gran sombrero extranjero al país que me vio nacer. Tú no te perteneces más, tu dominio es más vasto, tú habitas el corazón de los poetas. Tú bañas las alas de los párpados feroces de la imaginación.

1) Las portadas de muchos aposentos estaban planas y muy pintadas, y en ellas sostenían algunas piedras preciosas, esmeraldas, y en lo de dentro estaban las paredes del templo del sol y los palacios de los reyes Inca, chapas de finísimo oro y esmaltes muchas figuras, lo cual estaba hecho todo lo más dulce mate muy fino. La costura de estas cosas se hacía también asomada y puesta, que si algún fuego no la gasta y consume durará muchos tiempos y se podrá sin gastarse. Por de dentro los aposentos había algunos manojos de paja de oro, y por las paredes esculpadas orejas y cordones de la misma, y aves, y otras cosas muchas. Sin esto, cuenta que había suma grandísima de tesoro en castañas y olivas y en otras cosas, y muchas muchas riquísimas piezas de argentería y chaquiras. En fin no puedo decir tanto que no quedo corto en querer engrandecer la riqueza que los Incas tenían en estos sus palacios reales, en los cuales había grandísima cuenta, y tenían quitado muchos plateros de labrar las cosas que he dicho y otras muchas. La ropa de lana que había en los depósitos era tanto y tan rica, que si se guardara y no se perdiera valiera un gran tesoro. (Prescott *Cronica de León*: "Cronica del Perú" — Página 133 — Calpe, Madrid).

2) Dama mestiza de la costa.

3) El Perú posee 478 variedades de papas catalogadas (O.E. Harland: "Photo Collecting Expeditions in Mexico and South America", Cambridge, England).

VIENE DE LA PAG. 9

En Lima la Horrible, sorprende el total desamor, que envuelve el cuerpo de la ciudad en el rechazo merecido por la impostura de sus intérpretes. Hubo, sin embargo, una belleza de Lima, que día a día se pierde, y empezó a perderse por el 30 con el invento de lo "neo-colonial", pero de lo cual algo pude alcanzar y que no se parecía nada, a pesar de las mentadas reminiscencias arábigo-andaluces. A esa belleza Moro me introdujo (probablemente porque yo me encontraba predispuesto), e imagino con qué furia él hubiese leído —en el capítulo VII de Salazar— los párrafos que denigran la *quincha* (amén de la traza cuadrangular de la urbe antigua) y se ríe de los "célebres balcones" y ventanas, escudándose en autoridades como Michel Berweiller y otros "observadores contemporáneos" en cuyo testimonio cualquier limeño auténtico debería más bien identificar el filis teísmo de tanto europeo culto no bien sale de su universo cultural.

En todo caso, Moro gozaba intensamente el encanto de la vieja Lima —su tan peculiar idiosincrasia— y sufría cada vez que uno de esos balcones o de esas ventanas, de la Colonia, o de la República anterior a la racha del estilo pastel de boda (el de la actual), iba a desaparecer, avisándome, cuando se enteraba, para que lo fotografiasen:

"Le vieux Paris n'est plus (la forme d'une ville Change plus vite, hélas! que le coeur d'un mortel)".

Sólo en su página sobre Eguren, Salazar parece acordarse de aquella "atmósfera" con la que pudo combinar "la esfumada interioridad de los corazones solos". Moro era tan de Lima como Eguren —a su manera: rabiosa, no por eso menos dado a esa "neblina constelada" en que le apareció la "prístina figura" del familiar de Juan Volatín y súbdito de los Reyes Rojos. Su poesía igualmente lo transparenta, de un modo —desde luego— más sutil que el del tema que se exhibía (no le perdonaba a Mariátegui y otros "admiradores" de Eguren el haberlo obligado a "ver cosas que no veía" para completar su último libro: *Sombra*, "doloroso" esfuerzo "por excusarse —diríase— de haber nacido poeta y gran poeta en divorcio forzoso con la pobre realidad ambiente").

Por lo demás, naturalmente distinguía el "colonialismo" —"criollismo de la Arcadia perdida, que le repugnaba tanto o más que a Salazar, pero sin cerrarle la vista para cierta pintura colonial, ni tampoco abrírsela, pese a la amistad que lo ligaba a varios exponentes, para el indigenismo pictórico— (5) y el país de su infancia: Parque de Neptuno, Museo Nacional, Plaza Italia, todos evocados en sus páginas postreras sobre Arte Mágico, a las cuales me referí más arriba.

Cuestión de grado, de tamaño —repto—: "el ambiente pueblerino, desolado y pretencioso", la aldea de sus "dieciséis años" explica que Moro haya huído hasta

París. Cuando volvió, en 1934, escribiría: "La Poesía no existe, pues, en el Perú sino como fenómeno eminentemente individual, ignorado", para luego agregar: "o como existe en todas parte a pesar de... un poco más, un poco menos que en todas partes". Al llegar yo a Lima, a fines de 1948, lo conocí —acababa de retornar por segunda vez, después de dos lustros en Anáhuac, y no quería quedarse, ávido de volver pronto a México; insensiblemente, fue desistiendo; la amistad mediante, aceptó la idea de que su vida ya correría sin grandes viajes; y cuando se le ofreció la posibilidad de pasar otra vez un año en París, becado, se negó a ir a confrontar la realidad de la segunda postguerra con la memoria que él conservaba de *l'entre deux guerres*.

(5) ¡Cuánto confusiónismo de sociólogo principiante hay en el capítulo X de Lima la Horrible!

"A pesar de... un poco más, un poco menos que en todas partes": el lugar no es todo; tal vez nos marque más el tiempo. Lo que Moro tuvo en París, lo que tuvo en México —sobre todo el México de 1939 en adelante transformado en capital de medio mundo— fue más posibilidad de escoger —hechos, contactos: el espectáculo de la vida y su materia—, pero se daba cuenta que algo inexorablemente iba cambiando: "nuestra época de aborto de todo aquello que no sean las grandes empresas cretinantes (1939). La cosa venía de lejos: "Somos los últimos sobrevivientes del siglo XIX", solía repetir Moro, y simultáneamente sabía que el siglo XIX era responsable de lo que nos acontecía en el XX ("todas las estupideces propias del siglo XIX, en el que tenemos la cansada dicha de vivir" —Baudelaire—), así de suite (6)

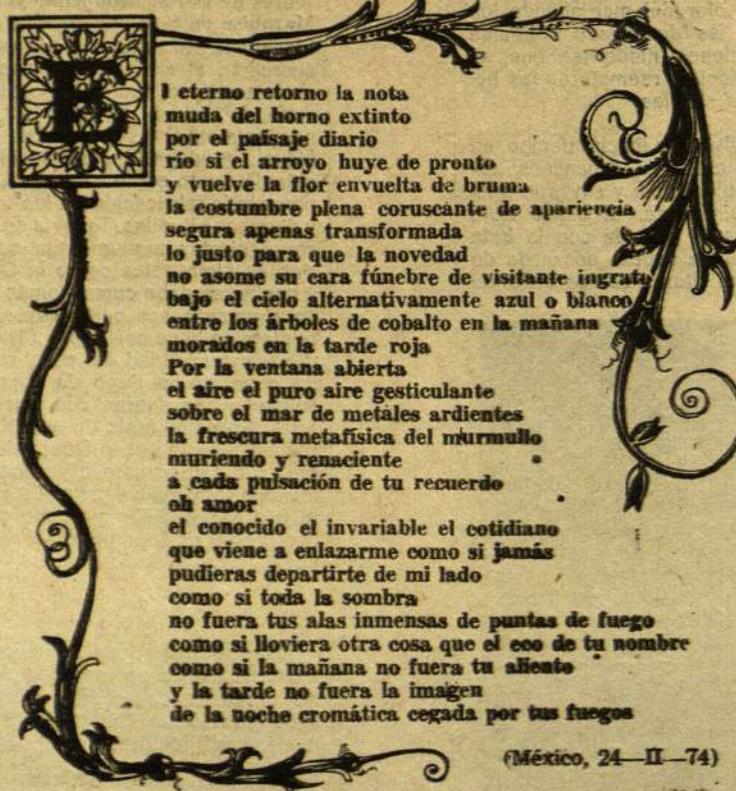
CÉSAR MORO BIOGRAFIA PERUANA

Sus quejas de Lima la horrible atañían a Lima y asimismo a las trampas de la época: la abyección del ruido y del consumo en que se hundía el Occidente y la noche siniestra —delatores y verdugos— que cubría el "mundo socialista". Por algo se rindió ante el Japón —donde, por supuesto, nunca estuvo—, presintiendo —supongo— que en el envilecerse universal no nos quedaría más que el rito.

La amistad con Moro nunca fue fácil —nuestras divergencias tan intensas como nuestras convergencias—; siempre fue extraordinaria —las convergencias, claro, más profundas que las divergencias—. Entienda quien quiera: no dejáramos de juzgarlo arbitrario, y, sin embargo, teníamos que darle la razón.

En Lima, a partir de 1948, poco se manifestó, y así muchos lo ignoraron. Los maníacos de las claves quizás lo atribuyan a la edad, a pesar de que seguía más joven —más disponible, menos conformado— que los más jóvenes y donde aparecía en seguida caía el rayo y ardía la noche. En buena cuenta no había renunciado a perturbar a los feriantes —el mercado de las letras y las artes— sino para entregarse con menos prisa a

(6) En el más sereno e implacable requisitorio contra cincuenta años de vida soviética, los *Recuerdos de Nadedja Mandelstam (Hope agains hope, Contre tout espoir)* viuda del gran poeta ruso muerto en un presidio siberiano, leo un capítulo (en la versión francesa: *La structure sociale*) que curiosamente deslinda la misma paradoja o la misma dialéctica.



El eterno retorno la nota muda del horno extinto por el paisaje diario río si el arroyo huye de pronto y vuelve la flor envuelta de bruma la costumbre plena coruscante de apariencia segura apenas transformada lo justo para que la novedad no asome su cara fúnebre de visitante ingrato bajo el cielo alternativamente azul o blanco entre los árboles de cobalto en la mañana morados en la tarde roja Por la ventana abierta el aire el puro aire gesticulante sobre el mar de metales ardientes la frescura metafísica del murmullo muriendo y renaciente a cada pulsación de tu recuerdo oh amor el conocido el invariable el cotidiano que viene a enlazarme como si jamás pudieras departirte de mi lado como si toda la sombra no fuera tus alas inmensas de puntas de fuego como si lloviera otra cosa que el eco de tu nombre como si la mañana no fuera tu aliente y la tarde no fuera la imagen de la noche cromática cegada por tus fuegos

(México, 24—II—74)

los que discerniera, o discernía siempre que "la vida eterna" se le otorgaba —"agobiadora" en el resplandor de un rostro o de una pierna.

Vargas Llosa alega que escribía, entonces, "en un idioma que no era el suyo". ¿Será que uno nace también condenando a un idioma? ¿Tanto le cuenta a nuestra inercia celebrar la suprema libertad de quien no se limita a heredar su lengua, sino que elige la que le apetece?

Habrà que estudiar los primeros poemas limeños, llenos de destellos, pero aún no constitutivo de un libro. Cuando viajó a Francia, Moro pensaba dedicarse más a pintar que a escribir. Luego se invirtieron los términos, y cuando ganó la poesía, aunque nunca se dio por derrotada la pintura, él ya vivía en un medio totalmente francés. Las perspectivas podrán modificarse cuando salga la obra completa: por más que se perdieron bastantes poemas de París, los que quedan comprueban que la opción se hizo pronto. El periodo más fecundo, el de México, en un primer momento dejó que aflorase el discurso castellano de *La Tortuga Ecuestre* (to da de 1938), pero —¿la oleada del "dicto mundial?"— el francés luego definitivamente se impuso: *Le Chateau de Grisou, Lettre d'Amour* y una cantidad mucho mayor de inéditos: *Rierre des Soleils*, etc. Las cosas no tenían por qué volver atrás cuando Moro regresó a Lima por segunda vez: el francés era suyo hacía rato.

En francés escribió, y luego tradujo, la *Biografía Peruana* que ofrecemos a continuación. Una "síntesis" inglesa de ese texto —la única publicada hasta ahora— salió en el número 2 de *Dyn* (México, 1942) en versión de Wolfgang Paalen. El texto de por sí descalifica cualquier *chauvinismo* lingüístico y reíntegra a Moro en un Perú que apasionadamente vivió, si bien murió —poeta, en fin— del desmentido que la realidad más trivial le oponía.

Para la anécdota, agregaré que Moro hasta sus últimos meses practicó la magia del mar —"el mar, padre de la vida" (Ovidio)—; sólo "de noche" y en sueño viajó "al muro de seda" y a las graderías de Machu Picchu" La máxima altura que aguantó fue la de Ciudad México, y en el Perú nunca estuvo en la sierra. Lo señalé a los lectores de la por otra parte excelente antología (6) de Lauer y Oquendo: *Surrealistas y otros peruanos insulares* (Ocnos, Barcelona, 1973) según la cual *La Tortuga Ecuestre* habría sido escrita "entre México y Bolovia". El error ha de derivar de algún prefacio donde apunté que los primeros versos del libro llevaban fecha de "San Luís de Potosí": se trataba —¿debía haberlo precisado?—, no del Potosí boliviano, sino de San Luís Potosí, capital del estado de mismo nombre de la República Mexicana.

Meditación de mediodía se me había escapado cuando publiqué los poemas castellanos de Moro.

(6) A pesar de no pocas erratas en los poemas en francés.